



DOS

Marisa colapsó en su cama. Estaba agotada. La mayor parte de su vida la había vivido en el apartamento justo encima del restaurante, donde Sahara residía ahora. Pero, hacía algunos años ya, ella y su familia habían logrado ahorrar el dinero suficiente para comprar una casa más grande ubicada a casi un kilómetro y medio del restaurante, y a Marisa le había tocado tener su propia habitación por primera vez en su vida. Estando recostada en esa habitación ahora, exhausta luego de un largo día sirviendo mesas, se preguntó por cuánto tiempo más podría conservarla. Tanto su casa como el restaurante se encontraban en el barrio El Mirador, en Los Ángeles, y El

Mirador se estaba viniendo abajo. Su familia había hecho todo lo que estuvo a su alcance. Recortaron los gastos, resignaron lujos... Pero todo eso no había sido suficiente. Un restaurante solo generaba dinero si la gente pagaba por comer allí; y, día tras día, más gente en El Mirador se volvía demasiado pobre como para poder siquiera ir a uno. Claro que la electricidad era gratuita la mayoría de las veces; cada edificio en la ciudad estaba cubierto por árboles solares. Pero había otras cosas también esenciales, como el agua y el acceso a Internet, que se habían encarecido demasiado. Mientras tanto, todos parecían estar perdiendo sus trabajos, que ahora pasaban a estar en manos de los nulis. La única razón por la cual San Juanito aún tenía meseros humanos era porque los padres de Marisa tenían cuatro niños que todavía podían usar como mano de obra gratuita; pero incluso así, su restaurante ahora también se estaba viniendo abajo.

Marisa se quitó los zapatos y masajéó sus pies y sus pantorrillas para intentar deshacerse del dolor antes de quedarse dormida. ¿Cuánto tiempo más podrían conservar su casa? ¿Cuánto tiempo más Marisa podría estar en aquella habitación? Relajó sus piernas y se echó hacia atrás, mirando al techo. Bao, uno de sus amigos más cercanos, había ayudado a la economía de su familia interfiriendo en las cuentas de los turistas en Hollywood y realizando microtransacciones. Ese era el nuevo mundo de los carteristas tecnológicos. ¿Cuál sería el futuro de Marisa?

Su amiga Anja, por otro lado, era la hija de uno de los

hombres más ricos de L. A. Marisa sabía que *ese* no era su futuro.

Era el año 2050. Los habitantes de Los Ángeles tenían tecnología prácticamente ilimitada. Aun así, la mayoría de ellos continuaba en la lucha por sobrevivir. ¿Por qué el mundo no podía ser más justo?

Observó el cielo hasta que todo se volvió demasiado borroso, y despertó con los rayos del sol que atravesaban las cortinas de su ventana.

—¡Despierta, Mari! —gritó su madre—. ¡Debemos estar en la iglesia en una hora!

Marisa volvió a cerrar los ojos con fuerza y movió los hombros lentamente y en diferentes direcciones para estirar las articulaciones. Le llevó un minuto darse cuenta de que ya era la mañana. La noche había pasado en un abrir y cerrar de ojos, y creyó notar que no se había movido un milímetro de donde había caído la noche anterior. Sus piernas aún colgaban de un lado de la cama y, mientras las movía, sentía el hormigueo recorriéndolas desde las rodillas hasta los talones. Se quejó, demasiado cansada como para llegar a enojarse, y luego rodó sobre un costado y se colocó en posición fetal.

La madre de Marisa, Guadalupe, abrió la puerta, apurada.

—Apresúrate, *chulita*. ¿Qué haces usando jeans? Hoy es domingo, *mija*. Debemos ir a la iglesia.

Marisa se sentó en la cama y entornó los ojos para filtrar la luz. Luego, señaló su camiseta del San Juanito con ambas manos.

—¡Te quedaste dormida sobre tu ropa de trabajo! —exclamó Guadalupe, abriendo el armario de par en par. Era una mujer de gran tamaño, con un cabello que estaba entre el rubio y el amarillo. El nuli de limpieza llegó tras ella, rondando e intentando recoger algo de ropa, y esta vez Marisa no llegó a tiempo a elegir su camisa favorita. El nuli la tomó con una de sus garras de goma y la colocó en un canasto para ser transportada hasta la lavadora. Marisa refunfuñó un momento y volvió a tirarse en la cama, cubriéndose los ojos con el brazo.

—Te lo digo todas las semanas, Mari —continuó su madre, eligiendo entre la ropa en el armario—. Pero no tienes un solo vestido que puedas usar para ir a la iglesia. Solo porque hay una banda allí tocando, no significa que sea una discoteca.

—Puedo usar el vestido verde —dijo Marisa desde debajo de su brazo.

—No, no puedes usar ese vestido —replicó Guadalupe—. Se termina a la mitad de tus muslos. Pero el vestido azul estaría bien.

—Odio el azul.

—Entonces deja de gastar el dinero que recibes en vestidos tan ordinarios. Nadie va a la iglesia a mirarte el trasero.

—Puedo pensar en tres personas que sí —dijo Marisa.

—Claro —respondió Guadalupe, mientras arrojaba el vestido azul y un par de zapatos negros sobre la cama—. Pero no son la clase de personas que quieres que lo hagan. Ahora levántate.

Marisa volvió a quejarse, pero esta vez debió admitir que su madre tenía razón. Omar Maldonado, por ejemplo, podría

apuñalarse a sí mismo con una percha de alambre y a ella no le importaría.

–¿Qué hora es?

–Tienes una computadora en el cerebro –dijo Guadalupe, dirigiéndose con prisa hacia el pasillo–. Puedes averiguarlo por ti misma. Ahora métete en el baño antes de que Pati te gane de mano, o no quedará nada de agua caliente para ti.

Marisa suspiró cuando por fin estuvo sola y en paz por un momento, mientras su madre y todas sus quejas se movieron al cuarto de su hermana junto al suyo. Disfrutó de esa paz por un momento, contemplando la gloriosa posibilidad por un solo segundo de poder volver a dormirse. Pero optó por restregarse los ojos, tomó su vestido y caminó hacia la ducha. Llegó allí solo dos pasos antes que Pati y cerró la puerta mientras su hermanita de doce años agitaba la manija.

–¡Déjame entrar! –se quejó Pati–. Puedo hacer pis mientras tú te bañas.

–No tardaré –le respondió Marisa.

–¿Me dejarán salir antes? –preguntó una voz masculina, y Marisa dio un alarido y se dio vuelta. Sandro, su hermano de dieciséis años, estaba peinándose el cabello frente al espejo; ya se había bañado y vestido. Claro que él ya estaba listo.

–Vamos –dijo Marisa mientras abría la puerta–. Vete de aquí.

–Gracias –respondió Sandro, y salió del baño sonriendo.

–¡Gracias a ti! –añadió Pati, y se apresuró a meterse en el baño tan pronto como su hermano salió. Cerró la puerta y comenzó a desvestirse–. Buenos días, Mari. ¿Cómo estás?

–Por el amor de Dios... –Marisa sacudió la cabeza, cerró los ojos, se metió en la ducha y corrió la cortina-. ¿No puedo tener un solo segundo de privacidad?

–Aún tienes tu ropa puesta dentro de la ducha –gritó Pati.

–Lo sé –se quejó Marisa-. Solo... No me sigas hasta aquí, ¿está bien? O juro que cargaré todos los virus en el mundo y los instalaré en tu cerebro de una vez.

–Encontré un virus ayer –dijo Pati muy alegremente-. Intenté atraparlo, tal como tú siempre haces, pero creo que mi programa no estaba funcionando bien, porque el virus se escabulló en mi memoria activa y me pasé la tarde entera limpiando mi djinni. Ahora necesito tu ayuda con mi tarea porque estamos aprendiendo números binarios en la escuela y no le encuentro el sentido. La profesora dijo que dos es igual a diez, y que dos ni siquiera existe, y eso es lo más tonto que jamás haya oído decir. Necesito que me expliques...

Marisa calló en su cabeza a su hermana, se desvistió y se duchó mientras la niña seguía con su explicación casi sin detenerse a respirar. Cuando cerró el grifo, Pati aún seguía allí firme, elogiando las virtudes de algún virus nuevo que había encontrado en línea, y Marisa se envolvió en una toalla mientras ella y su hermanita intercambiaban posiciones. El monólogo de Pati continuó desde la ducha, y Marisa se miró en el espejo. Su cabello parecía un nido de aves oscuro, y las puntas rojizas ya comenzaban a decolorarse. Había llegado el momento de teñirlo nuevamente. O tal vez probar un color diferente. Excepto que la tintura costaba dinero, y la botella

de tinte roja aún estaba por la mitad. Así que sería rojo otra vez. Pero no esta mañana. Se quedaría decolorado un día más. Se secó y se vistió, mirando con desprecio el estúpido vestido azul. Y luego se dirigió a su habitación para intentar desenredar su cabello.

—Hola, Mari —dijo Gabi, su otra hermanita. Mientras que Pati era una bola de energía, su hermana Gabi, de catorce años, era prácticamente un fantasma. Y no porque la gente la ignorara, sino porque ella era quien solía ignorar a todos los demás. Avanzó por el pasillo, luciendo su top beige y una falda negra con el vuelo suficiente como para parecerse a la de una bailarina clásica. Las clases de ballet de Gabi habían sido uno de los lujos que la familia había tenido que resignar más recientemente. Y, desde ese entonces, Gabi buscó siempre la oportunidad de recordarle a toda la familia, de manera pasivo-agresiva, lo desastrosa que había sido esa decisión para su vida. Ahora que la estaba mirando un poco más de cerca, podría jurar que el conjunto entero de Gabi era uno de sus trajes de danza de una de sus presentaciones del año anterior. La perdió de vista cuando bajó las escaleras, y Marisa regresó a su habitación para maquillarse.

No había siquiera pensado en la información sobre KT Sigan hasta ese momento, cuando su madre hizo un último recorrido por la casa, arrastrando consigo a todos los miembros de la familia hasta tenerlos a todos reunidos en la planta baja.

—¡Vámonos! —gritó Guadalupe en español, mientras los

empujaba hacia afuera. Marisa se pasó el cepillo por el cabello una última vez antes de tomar los zapatos y colocárselos mientras se apresuraba a alcanzar a todos los demás, que estaban siendo arrastrados hacia la puerta de entrada. Parpadeó para abrir en su djinni la nota donde había guardado los datos encontrados, maldiciendo el haberse quedado dormida tan temprano la noche anterior. Sin embargo, antes de poder hacer algo con esos datos, Marisa ya estaba afuera, bajo el fuerte sol de California. Y su padre ya los había reunido a todos.

—¡Quiero ver una fila, familia Carnesecca! —vociferó alegremente—. *¡Mírense, qué lindos!*

Buen día, escribió Sahara.

No hay tiempo, respondió Marisa, desechando el mensaje con un parpadeo. Iglesia.

—¿Tuviste una larga noche? —preguntó Sandro, parándose justo detrás de Marisa. La iglesia estaba al menos a un kilómetro y medio de distancia, y no había dinero para pagar todos los boletos del autobús, así que tendrían que caminar.

Ay, sí, escribió Sahara. Diviértete.

—No —dijo Marisa, intentando seguir el hilo de todas sus conversaciones al mismo tiempo—. Me quedé dormida tan pronto como llegué a casa.

–Tal vez había algún tipo de sedante en esa ensalada tan deliciosa –respondió Sandro.

–*Cállate* –le contestó Marisa. Se concentró en sus notas sobre la seguridad de Sigan, esperando poder aprovechar la caminata para hacer algo más productivo, pero casi inmediatamente se tropezó con una baldosa rota en la acera–. *¡Madre de...!*

–*¡Ay, qué feo!* –exclamó la abuela, tomándola del brazo derecho y sosteniéndola antes de que cayera–. Eso que tienes ahí es una boca, no una alcantarilla –la madre de Guadalupe había vivido con ellos desde que se habían mudado a la nueva casa, y una de las pocas ocasiones en que la mujer salía a la calle era para ir a la iglesia.

–No puedo creer que te haya oído –murmuró Sandro.

Marisa esperó a que su abuela reprendiera a Sandro por esa falta de respeto. No la llamaban la Bruja por nada. Pero claro que lo único que ella llegó a escuchar fue la impertinencia de Marisa y no la de su hermano. Sacudió la cabeza, consideró analizar los datos, pero terminó por cerrar la nota y guardó el archivo. Ya se había raspado la punta del zapato, y su abuela la tomaba del brazo como un nuli con la pinza rota. Tendría que resignarse a una mañana con la familia antes de poder registrar la red de Sigan. Se tomó fuerte del brazo de su abuela y suspiró.

–*Ay, abuelita* –dijo–. He tenido uno de esos días...

–Solo has estado despierta por una hora –respondió la abuela.

–He tenido una de esas semanas, entonces –se corrigió

Marisa. Miró el raspón en su zapato—. Una de esas vidas, mejor dicho.

—¿Por qué siempre usas ese vestido azul? —preguntó su abuela—. Si yo tuviese tu trasero, usaría siempre el verde.

Marisa sonrió por primera vez esa mañana.

—Te amo, *abue*.

Los siete Carnesecca avanzaron hacia la iglesia, ya sudando en sus ropas incómodas. Marisa, sus hermanos, su madre, su abuela y, a la cabeza, el padre de la familia, Carlo Magno Carnesecca. El único que faltaba allí era el hermano mayor, Chuy, quien se había apartado de todos en la familia excepto de Marisa, pero incluso la relación entre ellos dos estaba tensa ahora. Chuy había abandonado la casa hacía ya muchos años, y ahora vivía junto a su novia y su hijo de un año. En situaciones como esta, Marisa lo extrañaba incluso más de lo usual. Pero, mientras que Chuy decidiera seguir siendo parte de una pandilla (La Sesenta, la más peligrosa de todo El Mirador), su padre jamás le permitiría regresar al hogar. Chuy era demasiado orgulloso para regresar, de todas maneras.

Los hombres son idiotas.

Omar estará allí?, escribió Sahara.

En la iglesia?, preguntó Marisa. Es probable.

Si le deslizas al sacerdote algunos yuanes extra, lo condenará al infierno?

Crees que Omar necesita ayuda para llegar al infierno? Marisa sonrió apenas.

Solo quiero tener todas las bases cubiertas, dijo Sahara.

Deja de hablar de Omar, respondió Marisa. Estoy yendo a la iglesia. Necesito tener pensamientos reverentes.

Qué hay, mis perras sexy?, escribió Anja.

Su mensaje apareció en la esquina de la visión de Marisa, fusionándose automáticamente con el de Sahara para crear una sola conversación.

Shh!, la reprendió Sahara. Marisa está intentando ser reverente.

Lo siento... Qué hay, perras reverentes?

Lo digo en serio. Cerraré esta conversación y las bloquearé a ambas.

Pero entonces te perderás de oír mis noticias, escribió Anja. Y son tanto grandes como trascendentales.

No son esos sinónimos?

Marisa también tiene noticias, escribió Sahara.

Sí?

Encontré un código de seguridad de Sigan, explicó Marisa.

Toll, respondió Anja. Ella y su padre habían llegado de Alemania hacía un año, y usaba tanto el alemán como Marisa el español. Ella sabía que esa palabra significaba “genial”, pero hasta allí llegaba su alemán. Qué encontraste cuando ingresaste?

No he hecho nada aún, explicó Marisa.

Entonces deja de perder el tiempo en la iglesia. Encontremos a Grendel!

Esa es una gran noticia, escribió Anja. Pero mi noticia es mucho mejor.

Cómo se supone que podré concentrarme en Jesucristo si ustedes dos parlanchinas no dejan de hablar?, rio Marisa.

Muy bien, entonces, escribió Anja. Exijo que tengamos una reunión. Tan pronto como Fang y Jaya despierten, convocaremos a la orden más sagrada de las Cherry Dogs.

Estás diciendo que todo el equipo se reúna en Supramundo?, preguntó Marisa.

Que así sea, dijo Anja. En el gran procesador celestial.

O se está riendo de ti, respondió Sahara, o en verdad tiene muy buenas noticias. Solo habla así cuando es algo serio.

Es seriocísimo, dijo Anja. Qué palabra más estúpida, por cierto.

No es una palabra, respondió Sahara.

El inglés es un idioma tonto en general, continuó Anja.

Échale la culpa a Sahara, entonces. Yo soy mexicana, envió Marisa.

–Hemos llegado –dijo Sandro, codeando sutilmente a

Marisa. Así fue que volvió al mundo real y vio la gran iglesia amarilla, amenazante frente a ellos. La mayoría de los habitantes en El Mirador estaban justo sobre la línea de pobreza, si no era por debajo, pero los Maldonado sabían cuándo dejar su dinero en proyectos relacionados con la comunidad, y la iglesia que habían construido como un gigante tributo a Dios y a ellos mismos en partes iguales era uno de esos proyectos. Su ojo capturó una fila de autocarros negros girando la esquina. Eran dos Dynasty Falcon andando junto a un brillante Futura Sovereign. Eso solo podía significar una cosa.

Me tengo que ir. Don Francisco está aquí.

Marisa parpadeó una vez y cerró la conversación. Luego, miró a su padre. Él siempre quería llegar temprano a la iglesia para evitar esta situación: estar en la acera al mismo tiempo que sus archienemigos. Si bien Francisco Maldonado odiaba al padre de Marisa, Carlo Magno lo odiaba mucho más a él.

Ella se moría por saber por qué. Hasta consideró abrir el archivo de Sigán otra vez, pero se contuvo.

—Parecen como salidos del estreno de una película —dijo Gabi.

Guadalupe la codeó firmemente, señal universal para “Cierra la boca o yo misma haré que la cierres”.

Sergio fue el primero en bajarse de uno de los carros; no del Sovereign, sino del Falcon que estaba enfrente. Era

un buen carro, pero estaba armado más para denotar poder que lujo. Además, en El Mirador, servía como vehículo para transportar a los sicarios de los Maldonado. Sergio era el hijo mayor de Don Francisco y siempre llevaba puesto su uniforme de oficial de policía cuando iba a misa, ya sea porque era lo más lindo que tenía para vestir o, Marisa asumía, porque simplemente disfrutaba destacar la autoridad de su familia. *Recuerdan que nos pagan todos los meses para que los protejamos, ¿verdad? Bueno, también somos la policía. Por lo tanto, nadie podrá detenernos.* Sergio ayudó a su esposa y a sus niños a salir del carro y los condujo hacia la iglesia mientras la puerta del Sovereign se abría. Omar también descendió, de un brinco y con una sonrisa maliciosa. Él era el más joven de los Maldonado, solo un año mayor que Marisa, y no podría haber sido más diferente de su hermano. Mientras que Sergio *actuaba* como si fuese el dueño de la iglesia, Omar *lucía* como si lo fuera, aunque parecía que poco y nada le importaba. Miró rápidamente hacia la calle, le guiñó un ojo a Marisa y luego abrió la puerta trasera del auto para ayudar a bajar a su hermana, Franca. “La Princesa”. Marisa reprimió su mueca a esa muchacha alta y hermosa vestida en lo que asumía era la cosa más ostentosa de todo su armario. Un delgado vestido color índigo con un corsé y unas hombreras de cuero negro. Las hombreras estaban decoradas con unas tiras de arenisca brillantada, que imitaban un alambre de púas como último toque de ostentación. En un mercado en donde puedes imprimir prácticamente cualquier vestido que desees

sobre cualquier tipo de plástico adaptable, de cualquier estilo y complejidad, los materiales naturales como el cuero y la arenisca eran la nueva manera de presumir riqueza.

–Me encantaría golpearle el rostro –murmuró Pati.

–Solía sentir lo mismo –respondió Marisa, también murmurando.

–¿Y qué ha cambiado?

Marisa no podía decirle la verdad. No podía decirle que Grendel, en un último acto de terror antes de desaparecer en la darknet, había infectado el djinni de La Princesa con un virus que se había apoderado de su mente. Sospechaba que ese virus ya había desaparecido. Pero era solo una sospecha. Marisa había proclamado como su misión actualizar el antivírus de Franca con todo lo que se necesitara para cerrar la puerta que Grendel había abierto... lo que sería muy difícil de hacer, considerando cuánto odiaba a La Princesa. Pero, enemigas o no, nadie merecía vivir como una marioneta parlante.

–Yo cambié –murmuró Marisa–. Nadie jamás ha hallado la felicidad aferrándose a los resentimientos.

–Silencio –dijo Carlo Magno.

Marisa miró hacia atrás justo a tiempo para ver a Don Francisco bajarse del carro. Se lo veía fuerte y sólido, de barba gris y varios anillos de metal brillante en cada mano. Omar y Franca se habían vestido para impresionar, pero Don Francisco llevaba puesto un simple traje color negro. No debía esforzarse para impresionar a nadie después de todo: toda la calle sabía quién era, y la gente se detenía a mirarlo. Ofreció

su brazo a La Princesa y juntos caminaron hacia la iglesia, con Omar siguiéndolos de cerca.

–Vamos –dijo Guadalupe, una vez que los Maldonado habían desaparecido–. Esos salmos no se cantarán solos –los apuró a todos a avanzar, pero nadie comenzó a caminar hasta que el padre de Marisa lo hizo primero. Marisa y Sandro ayudaron a su abuela, y Pati jugueteó con su vestido, como si de repente se hubiese dado cuenta de lo raído que se veía... Había sido de Gabi y, antes que eso, de Marisa.

Ella dio una última mirada a la flota de carros de los Maldonado, que cerraron sus puertas automáticamente y salieron de allí. Había otro niño más en esa familia, pero él nunca asistía a la iglesia. Jacinto había resultado muy malherido en aquel misterioso accidente de tránsito, y no había abandonado la residencia de la familia desde aquel entonces.

Marisa tocó su brazo de metal, y caminó hacia la iglesia.